

INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS

XVII Curso Interdisciplinario en Derechos Humanos: "Emilio F. Mignone"

San José, Costa Rica, 23 de junio de 1999

Los valores democráticos en la educación y la
transformación social

Luis Pérez Aguirre

*La razón no puede prosperar sin esperanza,
ni la esperanza expresarse sin razón*
(Ernst Bloch)

Si me permiten, antes de hablar de valores democráticos y de transformaciones sociales, voy a comenzar poniendo mis pies en una realidad desde la que todo lo demás se valida o invalida, ustedes dirán. Para ello es bueno que vayamos situando esos conceptos ante dos informaciones aparentemente banales en el farrago de datos que hoy día, por abrumador, nos dejan en la más chocante e insoportable de las indiferencias.

En este momento las 225 personas más ricas del mundo tienen unas fortunas que superan el billón de dólares, es decir, lo mismo que el ingreso anual de 2500 millones de seres humanos, el 47% de la población mundial. Sólo tres de esos ultrarricos suman unos activos superiores al PIB de los 48 países menos desarrollados y el PIB de China (1200 millones de habitantes) es superado con el capital de las 84 primeras fortunas del mundo¹.

El PNUD estima que con el 4% de la fortuna de los ultrarricos (44.000 millones de dólares) se podría lograr y mantener el acceso universal a la enseñanza básica para todos, a la atención sanitaria, a los medios de salud reproductiva para las mujeres, alimentación suficiente y agua potable, junto a saneamientos básicos para todo el mundo. Y no es mucho pedir. Es lo que en Estados Unidos se gasta en cosméticos en un año...

Algo repugna... algo indigna y revuelve las entrañas ante este panorama. No se puede seguir siendo humanos si nos gana la indiferencia después de haber sido enterados de esas realidades. En la famosa **Tesis XI** sobre Ludwig Fierbach, Karl Marx decía que hasta ahora "*los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*". En estas circunstancias que demandan urgentes cambios podemos coincidir plenamente con dicha afirmación. Quizás habría que encarar también lo que Marx silenciaba en su formulación. Y "lo que silenciaba –dice Adela Cortina– es que toda transformación social, toda transformación del mundo que pretende mejorarlo, necesita tomar como base una buena concepción de la realidad porque, si no, el resultado puede ser catastrófico. Lo que silenciaba es que **no hay mejor praxis que una buena teoría**, no hay mejor forma de encauzar la acción de transformación social que la de elaborar un buen marco teórico desde el que llevarla a cabo"². En eso estamos aquí.

De paso, yo me pregunto -y les pregunto-, aunque no seamos miembros de ese club de privilegiados de la globalización, ¿no podríamos nosotros también vivir con el 96% de lo que poseemos para comenzar a mostrar que es posible hacer este mundo mínimamente habitable?

El gran Inquisidor

Estupefacto ante las razones de la sinrazón del panorama descrito recién, me vino a la mente un escalofriante relato de Viliers de L'Isle-Adam³ cuando narra la encarcelación del rabino aragonés Abarbanel, quien luego de interminables meses de tortura en las mazmorras de la Inquisición, es visitado un día en la celda por el Gran Inquisidor, Pedro Argüés. Apenas traspasada la puerta, éste ordena que lo desencadenen, lo abraza y le dice: "Hijo mío, alégrate. Tus trabajos van a tener fin. Si en presencia de tanta obstinación me he resignado a permitir el empleo de tantos rigores, mi tarea fraternal de corrección tiene límites. Sólo a Dios toca determinar lo que ha de suceder a tu alma... Mañana vas a participar en el auto de fe (...), cuya brasa premonitoria del fuego eterno no quema, ya lo sabes, más que a distancia, hijo mío. La muerte tarda por lo menos dos horas, a menudo tres, en venir, a causa de las envolturas mojadas y heladas con las que preservamos la frente y el corazón de los holocaustos. Seréis sólo cuarenta y dos. Considera que, colocado en la última fila, tienes el tiempo necesario para invocar a Dios, para ofrecerle este bautismo de fuego, que es el del Espíritu Santo. Confía, pues, en la luz y duerme".

Cuando el Gran Inquisidor y su séquito abandonaron la celda, Abarbanel observó, entre aturcido y alegre, que la puerta había quedado mal cerrada. Agitado por una fuerza irresistible, inició su fuga aun a sabiendas de que si era descubierto sería sometido a horribles torturas y a una muerte sin piedad. Sin embargo emprendió el intento. Vagó durante horas por interminables pasillos y laberintos. En varias ocasiones estuvo a punto de ser descubierto y otras tantas al límite de volver a su mazmorra. Pero la esperanza lo mantuvo en todo momento. Por fin llegó a la

¹ Informe sobre Desarrollo humano 1998, realizado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

² CORTINA, Adela, *En el centenario de Xavier Zubiri*, Vida Nueva, Madrid, 9 de enero de 1999, p. 31.

³ Alejandro Matos lo rescata y emplea en la actual realidad conflictiva paraguaya. Ver: *La Esperanza sin razón*, Acción, 168(1996)34-36.

puerta que daba al jardín y que, a su vez, daba paso al poblado que atravesándolo le permitiría llegar hasta la sierra donde podría esconderse y poner fin a sus tormentos.

Exhausto, levantó los ojos al cielo y extendió los brazos para bendecir a su Dios que le concedía tal gracia. En ese momento, fuera de sí, sintió que le volvían a abrazar y escuchó la voz del Gran Inquisidor que, apenado, le decía al oído: “¿Cómo, hijo mío! ¿En vísperas, tal vez, de la salvación querías abandonarnos?”. El rabino comprendió en ese instante que *la esperanza formaba parte del tormento!*

Este relato pone en evidencia con toda crudeza la veracidad del binomio blochiano **esperanza/razón** citado en nuestro encabezamiento y señala la interdependencia entre ambas realidades. Ellas no pueden separarse como el agua y la sal que hacen posible el mar. Si en este fin de siglo mucho se ha insistido en los desafueros de la razón, poco hemos reparado en las cegueras de la esperanza. Esperanza que en este caso se puede tornar solipsista y autosuficiente, desprovista de razón y rebosante de engaños, que pretende poner punto final al tormento de unos humanos que no llegan a captar la verdad del mar de injusticia en el que nadan sin destino cierto y se ahogan irremediamente en la ausencia de valores. Despropósito mayúsculo también el esperar que dicha situación se modificará sin el esfuerzo mancomunado de todos por conocerla bien para poner luego los medios esperanzados eficaces que la puedan transformar.

Tenía que empezar por decir esto porque es enorme el peligro de que terminemos todos inflados aquí de irresponsable e inútil fantasía y perdamos irremediamente el tiempo y la compostura de educadores y luchadores por los derechos humanos.

El mesianismo político de muchos que han salido en estos días a decir que el mercado está preñado con la solución a los sufrimientos de las mayorías tanto usa y abusa de las esperanzas de las víctimas, cuanto esconde el vacío racional de sus propuestas.

Los que altaneramente hoy se consideran salvapatrias a la sombra de la globalización, como el Gran Inquisidor del relato, echan sal en las heridas de las víctimas que más duelen: es decir, en las razones de la esperanza que ellas tienen para intentar sobrevivir.

Cada vez que un político, un clérigo o un educador juega con el dolor de los demás y ofrece lo que sabe que no es solución, está manoseando lo más sagrado que tiene la sociedad: *la esperanza de que un día podríamos llegar a ser más humanos.*

En el mercado de la ética: educador, icuidado con perder tu alma!

En los albores de la segunda guerra mundial, hacia 1940, el derrumbe de la histórica “línea Maginot” -que defendía la frontera francesa con toneladas de cemento y “bunkers”- puso de relieve la mayor eficacia del aparato económico-militar nazi frente a todos los planes militares galos. Pero también mostró la mayor inmoralidad que anidaba en la entraña de esa eficacia económica y militar. Y, cosa que más llama la atención porque nadie lo veía entonces, la opinión mayoritaria y triunfante en Francia se fue alineando en ese momento con los invasores... Contra esos invasores un pequeño grupo de cristianos fundó, a las apuradas y casi desesperadamente, la revista *Témoignage Chrétien*, cuyo primer número -vilipendiado apenas apareció un día de noviembre de 1941- llevaba como título: “Francia, icuidado con perder tu alma!” El editorial lo firmaba el legendario Gaston Fessard.

Cabe preguntarnos -más allá del asombro ante un hecho de esas características- ¿cómo llegó a ser la opinión triunfante y casi general en todo un pueblo la oposición a lo que representaba Fessard?

Traigo a colación esta anécdota de otro momento histórico y de otras latitudes porque en los finales de este milenio es imperioso preguntarnos por la opinión generalizada y triunfante en nuestro tiempo, por eso que se ha llamado el “pensamiento único”. ¿Cuáles son sus valores? A dónde apuntan sus sistemas educativos, sus supuestos pedagógicos. ¿Coinciden esos valores con el discurso político? ¿Qué espera el pueblo del futuro inmediato y a dónde pretende llegar con sus esfuerzos? No preguntarnos esto puede tener consecuencias terribles, como las tuvo para Francia en aquel momento.

Para responder a esos interrogantes, para conocer cuáles son esos valores o “productos” que quiere la gente, los entendidos en opinión pública nos dirán que más que recurrir a encuestas, bastaría con ponerlos en el mercado, es decir, ponerlos en venta y averiguar cuánto está dispuesta a pagar la gente por ellos.

Ante este simplismo conviene tener presente a aquel conspicuo personaje de Oscar Wilde que distinguía *entre valor y precio* en su célebre definición de **cínico**: “Cínico es el que conoce el precio de todas las cosas y el valor de ninguna”. Wilde apuntaba a distinguir entre los valores que asigna el mercado y los valores reales de las cosas. Ello es aún más claro cuando los productos son “mercancías” inmateriales que en última

instancias, como el cariño, no podrán comprarse ni venderse. Lo aclaraba la anécdota de aquella maestra al recordar que “después de dar unas clases extra todas las tardes a uno de sus alumnos, el padre le dijo: «*Lo que ha hecho por mi hijo no tiene precio*». Y por eso no me pagó(!)”

La gente tiene suficiente sabiduría para distinguir entre el valor de una cosa y su precio. Entiende que valor y precio no son lo mismo. Sin embargo, algunos técnicos siguen insistiendo con tozuda mentalidad mecanicista que para averiguar el grado de aprecio que tiene algo en la población basta con hacer pagar a la gente por ello.

Una de las grandezas de la democracia consiste en ir más allá de la mente mecánica y reconocer la esperanza popular, aunque ese reconocimiento tenga el precio de hacerla menos “eficaz”, más lenta, más vulnerable, pero también más humana. Esto es algo de tal importancia que no deberíamos pasarlo por alto en momentos en que todos parecemos lanzarnos a la carrera de la competitividad, de la reconversión empresarial y a zambullirnos en el macromercado.

La verdadera democracia supone luchar y empeñarse en lo cotidiano, desde la debilidad de la grandeza moral, para que el mercantilismo no avasalle. Sólo en una democracia así hasta la oposición y el enemigo tienen sus derechos y su dignidad salvaguardadas.

Pero en la economía de mercado parece que nada de esto vale, allí sólo se lucha desde la fuerza de la codicia. Allí no atender a la máxima competitividad y eficacia, al máximo de rendimiento y rentabilidad, sería convertirse en alguien completamente ruinoso.

Al menos nos queda el consuelo de que este discurso hoy es menos hipócrita que el de los tiempos de la guerra fría, porque ahora los economistas del capital triunfante sobre los “socialismos reales” lo dicen sin pelos en la lengua. Pero ese no poder ganarle una tajada a la hipocresía (en la medida en que, como dijo alguno, **la hipocresía es el homenaje del vicio a la virtud**) se debe a que la generosidad le ha dejado el campo libre, se ha visto despreciada valoralmente tanto en el campo de la economía y de la convivencia como en el de la educación.

Es un discurso tramposo porque está montado sólo sobre la competitividad. Busca sí la calidad, pero aspira, sin mayores contrapesos, sólo a la eficacia para poder vencer en la competencia. Seamos claros con la gente: la competitividad es un valor sí, pero sólo es tal *en pequeñas dosis*, es como la sal o un condimento; si se los exclusiviza o exagera la comida se vuelve intragable. Por eso siempre hay que advertir que su eficacia será tan grande en el corto plazo como discutible en el largo. En pequeñas dosis le dará el talante adecuado a las cosas pero en dosis masivas convertirán al humano en “un lobo para el humano”.

Entonces antes de sacar a la calle este discurso económico descarnado de ética, antes de proponerlo como la panacea del nuevo período que tenemos por delante, convendría primero sacar los valores al mercado, a ver cuánto venden en nuestra plaza, a ver en qué aprecio se les tiene, cuánto estamos dispuestos a pagar por ellos para remontar la crisis del actual sistema democrático (educativo, de seguridad social o el sistema político, o la crisis de las opciones económicas).

Y conste que no preoizamos derrotismos o utopías irresponsables. Exigimos esa gallardía que enfrenta los retos históricos con altura moral porque le sobran arrestos para desafiar al destino, respondiéndole no con meras fórmulas economicistas, sino con otra estatura humana, que no separa a la ética de la economía, a la educación de los valores.

Es una desgracia que la economía capitalista no busque una armonía de los valores humanos, que sólo resalte unos y relegue a los otros fuera de su ámbito; que nunca haya aceptado acatar un *valor-respeto* armonizable con el *valor-eficacia*. Es una desgracia que las reivindicaciones del respeto hayan sido siempre desautorizadas como cosa de ingenuos o de inexpertos en economía.

Antes de optar por sistemas económicos y educativos tenemos que optar por valores. Y preguntarnos de qué lado estamos: si con toda la eficiencia que permita la justicia (lo que implicará irremediablemente aceptar cierta ineficiencia) o con toda la justicia que permita la eficacia (justicia que tenderá irremediablemente a cero). Hace un siglo Herbert Spencer decía que “**nuestro sistema económico es tremendamente eficaz, pero necesita cada vez más policía**”. Analizando ese mismo fenómeno Paul Ricoeur advirtió que “**la falta cada vez mayor de fines en una sociedad que aumenta sus medios es, sin duda, la fuente más profunda de nuestro descontento**”⁴.

La transformación social en este cambio de época: ¿Qué hacer?

⁴ Esprit (1966)188.

Son muchos los que afirman que fue en 1989 que se terminó realmente el milenio y que el siglo XXI comenzó con la avalancha del Capital contra el trabajo.

Somos aún más los que plantados en este 1999 nos interrogamos, con aquellas reminiscencias de la pregunta de Lenin, **¿qué hacer?** Porque es necesario interrogarse para no despojarnos de lo último humano que nos queda. Hay que asumir con radical sinceridad la crisis de valores y de los paradigmas teóricos. Para enderezar este planeta torcido y acallar el llanto de dolor de los excluidos es preciso revisar con profundidad esos paradigmas, las referencias axiológicas concretas con las que hemos lidiado hasta ahora. El problema es que los instrumentos de pensamiento y análisis que habitualmente usábamos ya no nos sirven para explicar lo que vivimos. Los desafíos actuales no son identificables ni analizables con el bagaje intelectual ni las herramientas conceptuales que disponíamos hasta ayer.

El primer y obligado paso a dar –decía de manera zubiriana el jesuita y mártir de El Salvador, Ignacio Ellacuría- es de carácter metodológico. Decía que todo conocimiento verdadero está profundamente implicado con una responsabilidad y con una pasión o sufrimiento; desde ese “imperativo ético” abogaba por la necesidad de *hacernos cargo de la realidad*, es decir, conocerla real y vivencialmente, sufrirla visceralmente, para así poder descubrirla intelectualmente.

Hacernos cargo de la realidad implica, ser capaces de designar las características del momento actual, incierto, caótico y desordenado, como toda época de transformación entre dos fases de estabilidad.

Ignacio Ramonet, a quien acudimos para que nos guíe ahora en el análisis⁵, dice que estamos viviendo los efectos simultáneos de **tres revoluciones** que se entrelazan. La más importante, la que en gran medida desencadena las otras dos, es **la revolución tecnológica**. Ella entraña un doble aspecto. Hoy la máquina ya no sustituye como antes al músculo, sino que sustituye al cerebro. Le hemos transferido a las máquinas las funciones del cerebro. Y por otro lado, la revolución tecnológica es la revolución numérica o revolución digital. Hasta ahora los humanos nos habíamos comunicado mediante **tres sistemas de signos**: mediante **sonidos** (la palabra), mediante **dibujos** (imágenes) y mediante **textos** (la escritura o cualquier ideograma). Estos tres sistemas –sonido, imagen y texto- fueron desarrollando tres áreas de actividad realizadas en forma independiente entre sí. Pero hoy la revolución digital permite que una imagen, un sonido o un texto puedan expresarse a través de un mismo dispositivo digital. Y a la velocidad de la luz, que como sabemos, es un absoluto. Es decir, no podemos concebir una velocidad superior a la de la luz, por tanto estamos ante el llamado “tiempo real”.

Estos dos aspectos que caracterizan la actual revolución tecnológica –cerebrización generalizada y digitalización generalizada- implican la posibilidad de interconectar a escala planetaria a todos los cerebros de todas las máquinas.

Esta gran revolución de las tecnologías de la comunicación y de la información se ha precipitado en otra que Ramonet llama segunda revolución: **la revolución económica**, o más exactamente, la revolución experimentada en las actividades económicas que estimula la revolución tecnológica, y que son fundamentalmente las actividades financieras. Estamos ante lo que podríamos llamar **la economía de lo inmaterial**: intercambio, venta y comercio de valores, de títulos y de monedas.

Simultáneamente a estas dos revoluciones vivimos una tercera: una **revolución sociológica**. Ella hace que entre en crisis **el concepto de poder**, en que se basaba la estructuración social. ¿Qué es hoy el poder? ¿Quién lo detenta en la familia, en la escuela, en la empresa, en el país, en el Estado? ¿Dónde está el poder hoy y qué formas adopta?

Esto es de enormes consecuencias para nuestro concepto de Democracia. Tradicionalmente el poder era vertical y jerárquico. En la actualidad esta concepción del poder ya no funciona. Hoy si el poder es horizontal, y podemos pensar que si todavía se asienta en el “demos”, tiende a funcionar ahora en forma de red y se impone de manera consensual y difusa.

Pero más importante aún es que al interior de estas tres revoluciones se está produciendo en este momento un fenomenal **cambio de paradigmas**. Las ideas del progreso y de la cohesión social ya no tienen la preeminencia de antes, han entrado en crisis. El concepto de progreso se resumía en un objetivo: entre ricos y pobres no debe existir nunca una distancia demasiado grande porque de lo contrario, el choque entre ellos será también enorme y brutal. Hoy, en la sociedad emergente, ya no se le otorga al progreso la importancia que hasta ayer se le había dado en lo político y en lo social. Se le está sustituyendo por **el paradigma de la comunicación**.

En cualquiera de los ámbitos de nuestra vida cotidiana –en la familia, en la escuela...- cuando hay riesgos de enfrentamiento, ¿qué pensamos que es lo mejor hacer? ¿qué receta se brinda? Que hay que dialogar, que tenemos

⁵ Ver *Herramientas para entender el “pensamiento único”*, Envío 196(1998)33-41

que comunicarnos. Si los padres no se entienden con los hijos es porque no se comunican. Si los alumnos y los profesores no se entienden es porque no se comunican. El paradigma llega al paroxismo de que todas las máquinas y los aparatos de comunicar se expandan sin cesar. La función, la misión de ello es la de pacificar, excluir la violencia del seno de la sociedad.

El otro paradigma que ya no funciona es **el de la cohesión social**. Y ello va en dirección de colisión fatal con el primero recién analizado. Los inventores de la democracia la hicieron frágil porque concibieron su funcionamiento basándose en el modelo científico y técnico que existía a finales del siglo XVIII, un modelo sustentado, a su vez, en la mecánica de Newton. Concibieron la cohesión social como una construcción mecánica, de una sociedad dividida en grupos que se excluían como si fuesen biológicamente diferentes: la nobleza por una parte y la población, el vulgo, por otra, con un nexo ideológico entre ambos: el Clero. Este paradigma ya no funciona. Hoy ya nadie reivindica ese tipo de cohesión nacional. Hoy el nuevo paradigma que está sustituyendo al de la cohesión social clásica es el del **mercado**.

El mercado, dice Ramonet, no es sólo una técnica para comerciar. El mercado es una idea, un paradigma que organiza hoy a la sociedad desde todos sus aspectos, también desde el aspecto ideológico y filosófico. Es una especie de atmósfera que penetra todos los intersticios de la sociedad y no deja ninguna actividad humana fuera. Ramonet pone **dos ejemplos**, el del **deporte** –que estaba antes fuera del mercado por tener otros objetivos y hasta se sancionaba al deportista que vinculara su esfuerzo con el dinero- y el de la **cultura**. Ella se había concebido como una actividad que tenía como proyecto edificar el espíritu y la mente, producir emociones, construir una sensibilidad, sin que para ello precisara de relaciones con el mercado. En la actualidad la cultura está prácticamente inmersa en el mercado. El mercado regula la cultura y toda la producción cultural. Y podríamos decir algo similar del amor, de la muerte, de la religión.

Dice Ramonet que las tres revoluciones y el cambio de los paradigmas está favoreciendo la eclosión de un sistema nuevo, de una especie de esfera a la que llama sistema **PPII**, por las iniciales de las cuatro características fundamentales de las actividades que se dan en él: **permanentes, planetarias, inmediatas e inmateriales**. Y concluye diciendo que el nuevo sistema PPII funciona literalmente como una nueva divinidad, pues sus cuatro características son las que se le atribuyen a Dios. Dios es permanente, es planetario, es inmediato y es inmaterial.

Finalmente nos pone ante “**el pensamiento único**”, ese que nos repiten constantemente quienes controlan la comunicación y el mercado. Con machaconería ideológica llegaron a construir lo que los teóricos hoy llaman “el círculo de la razón”, porque abarca el pensamiento único, que es el único que se puede pensar. Pensar de manera “diferente” a ese esquema es exponerse a salir del círculo de la razón y ser excluido, es decir, ser nadie. Por eso, dice Ramonet, desde un punto de vista ideológico, estamos viviendo una etapa totalitaria y es curioso que quienes hoy defienden las ideas de este esquema cerrado y totalitario son los mismos que ayer calificaban de totalitarios a quienes defendían el modelo soviético...

Finalmente llegamos a la convicción de que los Estados están en crisis de identidad. Hoy ningún Estado es capaz de decir lo que significa su soberanía nacional, concepto que fue básico para la constitución de los Estados. Las fronteras ya no son sólo terrestres o marítimas, no están ligadas a un territorio. Las fronteras actuales son espaciales y climáticas. El concepto de frontera, el de soberanía, el de democracia, el de partido político, el de Universidad, están en crisis porque el mundo tiene nuevos actores. Un Estado nacional ya no sabe exactamente quién es su adversario. Se lo empieza a definir como la epidemia del SIDA (AIDS) –que no tiene nacionalidad- o la droga, o la corrupción, o las grandes migraciones, o la contaminación ambiental. Todos estos fenómenos nunca piden autorización para traspasar las fronteras políticas. Impactan donde se les canta y están lejos de responder al imperio de los Estados.

Esto es muy problemático, pero por más doloroso que sea, "es mejor tener problemas que una mala solución para el futuro de la historia. Es evidente que América Latina tiene un terrible problema: toda ella es un problema. El gran desafío actual consiste en resolver ese problema, pero no con la solución que ofrece EE.UU. Con ello no estoy diciendo que todo lo que tiene y ofrece EE.UU. es malo y negativo, pero sí que su solución ofrecida, tomada en bloque, no es buena. Y no lo es por un principio absolutamente kantiano: **una solución no universalizable** no es una solución humana. Dado que la solución de EE.UU. no es universalizable para todo el mundo, no es una solución humana, no sirve para la humanidad. Si todo el mundo tuviera los niveles de consumo de EE.UU. (de carne, de electricidad, de petróleo, etc.) acabaríamos en veinte años con los recursos existentes en el

Planeta. Por tanto, desde un punto de vista concreto, medible, ecológico de la realidad del mundo, esa no es ni puede ser la solución"⁶.

Porque de víctimas y de pobres se trata. Todo pasa por allí si pretendemos permanecer humanos. En ese sentido nuestra primera opción nunca podrá ser ideológica, sino por los excluidos del sistema y por los pobres. Es a partir de los hermanos y hermanas sufrientes que analizaremos los sistemas globalizados, los paradigmas y las ideologías. Permítanme una palabra como cristiano: para nosotros los criterios en relación a cualquier sistema social, a cualquier tipo de ideología parten de los oprimidos. Como decía un gran teólogo del Vaticano II, Henry de Lubac, después nombrado cardenal, *cuando uno escoge a los pobres, está seguro de que no se engaña*, pero al escoger una ideología siempre puede uno engañarse. No se trata de una opción de tipo puramente histórico, sino de una opción-principio, porque el Dios de los cristianos es parcial hacia los pobres. Y en última instancia, como decía Fernando Cardenal S.J., siempre nos hemos equivocado a favor de los ricos, "¡déjenos equivocarnos al menos una vez en bien de los pobres!"

El pensamiento único parece decirnos que aquella dinámica perversa de la globalización no tiene remedio, que siempre tendremos pobres y excluidos. Mala suerte para ellos. Pero nosotros no podemos ocultarnos ni ocultar que existan soluciones técnicas, que existen y sobran los medios materiales para ponerlas en acción. Lo que sucede es que "el hombre no está dispuesto a pagar el precio de una sociedad más justa y más humana"⁷. **El asunto es querer**. Porque bien sabemos que casi bastaría con fabricar menos armas y disminuir las superfluidades de consumo para que el mundo sea otro. El último informe del PNUD estima que el costo concreto de la enseñanza básica para todos sería de 6.000 millones de dólares, mientras que el gasto actual en cosméticos en Estados Unidos es de 8.000 millones. El costo de agua y saneamiento para todos sería de 9.000 millones de dólares, mientras que el gasto actual en helados en Europa es de 11.000 millones. El costo de la salud y nutrición básicas para todos sería de 13.000 millones de dólares, mientras que el gasto actual en alimento para animales domésticos en Europa y los Estados Unidos es de 17.000 millones... "La dificultad radica en que mientras domine la sed de mayor ganancia y mayor poder, no puede haber solución. Por lo que el núcleo de la verdadera transformación consistiría en un desplazamiento interior del hombre para que sus "impulsos de ganancia y dominación" se modificasen en unos impulsos de servicio, ayuda, colaboración. Pero, ¿es esto posible? ¿No es contra-natura? ¿Puede cambiarse esa tendencia a la acumulación de poder, de dinero, de placer, por otra pulsión inversa como pudiera ser el *ágape*, el servicio, la entrega?"⁸

No conviene olvidar que las luchas por los Derechos Humanos nacieron de un profundo sentimiento ético, que nacieron como una reacción humanística frente al clamor y el dolor de los pueblos pobres crucificados por unas relaciones de acumulación que conllevaban a una explotación cruel. Sigue en pie más que nunca la utopía de inventar y gestar una sociedad que sea incluyente de todos y no excluyente de las mayorías. Una sociedad no basada en la apropiación privada e individualista sino en la solidaridad. Y este sueño no se ha evaporado con la irrupción autoritaria de la globalización mercantil, sino todo lo contrario. Ahora nos aguijonea imperiosamente para que podamos acceder algún día a considerarnos hijos e hijas de la alegría.

Entonces importa superar la idea de que las sociedades nuevas nacen en los gabinetes universitarios de los "ingenieros sociales", o de los "cuadros" pensantes de los partidos políticos. Ellas nacen de una relación mucho más rica y compleja, dialéctica, de factores variopintos e históricos, económicos, sociales, sexuales, religiosos, culturales, étnicos, etc. Cedo a la tentación de citar aquí al Marx ahora tan olvidado y renegado: *"La historia no hace nada... no libra ninguna lucha. Es sobre todo el ser humano, el ser humano concreto y vivo, quien lo hace todo, quien posee y quien lucha, y no simplemente la "historia", como si ella fuese una persona que utiliza a los seres humanos para alcanzar sus objetivos. La historia no es más que la actividad de los seres humanos en busca de sus propios objetivos"*⁹. Similar convicción tiene hoy Adela Cortina cuando afirma que *"es preciso aprovechar el hecho de que los nuevos protagonistas de la historia no sean sólo los Estados nacionales y las empresas multinacionales, sino también las organizaciones civiles (...), para forzar a unos y otros a establecer un orden ético. Porque la historia no está en manos de*

⁶ ELLACURIA, I. *Quinto centenario de América Latina ¿Descubrimiento o encubrimiento?*, Conferencia tenida en el Centro Cristianismo i Justicia, Barcelona, 27 de enero de 1989. Ver Rev. Lat. de Teol. 21(1990)277.

⁷ Congregación General 32 de los Jesuitas, D.4ª, n.20.

⁸ AUMENTE, José. Rellenar un vacío: ¿una izquierda cristiana?, en *El Independiente*, Madrid, 6 de enero, 1991, p.28.

⁹ Marx/Engels, *Werke*, vol. XVIII, p.98.

*fuerzas incontrolables, sino en la de seres humanos que pueden dirigirla desde la estupidez, desde la astucia o desde una razón diligente, que ama y aprecia*¹⁰.

Decía Ellacuría que *"lo que queda por hacer es mucho. Sólo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección. Pero esta gigantesca tarea, lo que en otra ocasión he llamado el análisis coprohistórico, es decir, el estudio de las heces de nuestra civilización, parece mostrar que esta civilización está gravemente enferma y que para evitar un desenlace fatídico y fatal, es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma. Ayudar profética y utópicamente a alimentar y provocar una conciencia colectiva de cambios sustanciales es ya de por sí un primer gran paso*¹¹.

Y lleva mucha razón Oscar Wilde cuando afirmó que *"un mapamundi en el que no figure la tierra de la utopía no merece ser mirado por segunda vez"*. Porque la condición básica de los humanos es la de la esperanza. ¿Acaso no espera el lactante el pecho de la madre? ¿Y el niño no espera mantenerse en pie y caminar?, ¿no espera el enfermo sanar y el prisionero quedar libre, o el hambriento comer? Cuando se apaga la esperanza se apaga la vida humana. Es entonces cuando aparece un Fito Paez y exclama: *"¡Quién dijo que todo está perdido... yo vengo a ofrecer el corazón!"*

Debemos comprender que el futuro no brota del presente sino al revés, es el presente lo que brota del futuro. Y la utopía-esperanza es un componente básico de nuestra existencia humana, que la puede hacer jubilosa, aunque se debata en el dolor. El dolor debe potenciar la lógica inexorable de las cosas verdaderas y dismantelar los éxitos epidérmicos, las prédicas del final de la historia, debe desentrañar los secretos de la libertad para todos.

Gran responsabilidad recae sobre los educadores y luchadores de los derechos humanos a la hora en que la nueva riqueza de las naciones ya no reposa sobre el tamaño de su territorio, su densidad demográfica o sobre la producción de materias primas, sino sobre la materia gris, el saber, la investigación y la capacidad de innovar¹².

En estos cincuenta años hemos asistido al cuestionamiento de buena cantidad de las certezas que acompañaron el pensamiento de la humanidad durante siglos. Una visión lineal y acumulativa del progreso, la ciencia como explicación de las realidades y el culto de la racionalidad, que se propusieron expulsar mitos y supersticiones, encuadraron una modernidad que hoy se revoluciona por dentro. Todo se mezcla vertiginosamente. Una "edad de oro", utopías y nostalgias de un pasado que podría haber sido perfecto, sueños con un futuro que está por inventarse.

El vetusto paradigma científico de la modernidad ha volado en pedazos. El concepto de civilización se agotó y los sistemas socioeconómicos quedaron como paralizados y sin horizonte en este inesperado viraje de la historia.

Llegamos a comprobar que debemos repensar toda la relación que existe entre la persona humana y el cosmos. Hay que repensar también conceptos que se vuelven equívocos, como el de **Estado-Nación**, el de **Ciudadano** y el de **Democracia**. El concepto liberal que teníamos de ellos ya no responde a las nuevas realidades de la segunda revolución capitalista, la globalización de la economía y las mutaciones tecnológicas.

Al mismo tiempo deberá cambiar la escala: *"todo muy grande... y no bastante, no suficientemente grande. He aquí la paradoja mortal de la vida moderna"*¹³. Las megapolis que surgen en varias partes del mundo sufren de gigantismo, pero al mismo tiempo son provincianas en relación al planeta intercomunicado actual. La descentralización aparece como imparable y deseable, la planetarización está al alcance de la mano. Las fusiones entre mega-empresas está a la orden del día. La concentración de la riqueza hoy hace que las finanzas de la General Motors sea superior al PIB de Dinamarca; y que las de Exxon-Mobil supere al de Austria. Cada una de las cien empresas globales vende más que lo que exporta cada uno de los 120 países más pobres. Sólo ese puñado de Compañías controla el 70% del comercio mundial. Quizás los Estados todavía tengan vida para rato y los conflictos a ese nivel no estén agotados (como la vida feudal resistió más de lo que se preveía). Pero los nuevos espacios socio-políticos emergentes ya están aquí y tendremos que aprender a leer la realidad en dos "frecuencias" simultáneas: la de lo pequeño inmediato y la de la arena global. Este es el monumental desafío para nuestras incipientes ciencias de la educación, sociales y políticas, que acaban de afinar sus instrumentos teóricos en función precisamente del ya casi obsoleto concepto de Estado moderno...

¹⁰ Vida Nueva n.2157, 17 de octubre de 1998,p.31

¹¹ ELLACURIA, I. *Los últimos escritos*, ECA, 493(1989)1078.

¹² RAMONET, Ignacio *Nouveau Siècle*, Le Monde Diplomatique, 538, Enero 1999, p.1.

¹³ ROSZAK, Theodore, *Person-Planet. The Creative Desintegration of Industrial society*, Anchor Books, New York, 1969,pp.26 y 149.

La sociedad planetaria

Si el feudalismo sucumbió cercado por el Estado nacional, hoy es ese mismo Estado nacional el que se encuentra rodeado por lados opuestos y complementarios que le hacen jaque mate: las pequeñas comunidades de vida y de trabajo por un lado y los espacios sin fronteras políticas ni geográficas, al nivel del Planeta entero por el otro lado. El Estado-nación que había nacido con la modernidad va pereciendo también lentamente con ella.

Esto obliga a repensar muchísimas cosas de la política, la sociedad y de la educación. Sería entrar en una discusión bizantina intentar saber si estamos ante el fin de la historia de las ideologías o si entramos en el mundo post-moderno o post-industrial.

En esta nueva era es incontestable el dominio de los Estados Unidos en los cinco campos hegemónicos del poder: político, económico, militar, tecnológico y cultural. Pero, dice Ignacio Ramonet, que esa hegemonía es tramposa. Porque la supremacía militar no se traduce ya por conquistas territoriales que son políticamente ingestionables, financieramente demasiado costosas y mediáticamente desastrosas. Además, da mucho para pensar que esta superpotencia, en pleno auge del neoliberalismo, no haya podido garantizar a todos sus ciudadanos un nivel de desarrollo humano satisfactorio. Hoy existen en los Estados Unidos 32 millones de personas con una esperanza de vida inferior a los 60 años, 45 millones viven bajo el nivel de pobreza y 52 millones son analfabetos¹⁴.

La lección es que el tratamiento local de los problemas ya no es posible. Se necesita pasar al nivel del conjunto regional y mundial. Si la universalización de las tecnologías arranca con el crepúsculo de la segunda guerra mundial, esa imposibilidad de soluciones aisladas es paradójicamente una oportunidad para la humanización de nuestro mundo marcado por el avance científico. Estamos, nos guste o no, metidos en el engranaje del "mecanismo" que rige cada sector de nuestra actividad. Para producir más eficazmente importa programar tanto al productor como al consumidor. Entonces para que la persona no se convierta en un mero objeto del cálculo industrial, será necesario compartir las responsabilidades, lo que supondrá cierto grado de participación por parte de la sociedad civil en las decisiones del mundo que se va prefigurando.

Cualquier acontecimiento, como un crac bursátil en Tokio, nos hace caer en la cuenta de aquella *aldea planetaria* que describió el sociólogo canadiense Marshall McLuhan hace más de veinte años. Y estamos aún en la prehistoria de la comunicación local y planetaria entre computadoras. Todas las previsiones para los próximos años anuncian una creciente y fantástica eclosión de las redes ("*networks*") de todo tipo, por satélites, telepuertos, fibras ópticas intercontinentales, redes de micro-computadoras locales conectadas a su vez con redes nacionales o internacionales. Y hasta se descubre que esta civilización de alta tecnología podría convertirse en un coloso "de pies de silicio", esa arena con la que se hacen los "chips", vulnerable por cualquier mente de genio pervertido que quiera proseguir con el "terrorismo electrónico", inaugurado en agosto de 1984 cuando el estudiante de la Universidad de California del Sur, Fred Cohen, asombró al mundo explicando cómo fabricó un "virus electrónico" capaz de penetrar las redes electrónicas y automultiplicarse indefinidamente perturbando todo el sistema.

Y en esa misma Universidad, Charles Ritcheson, decano de sus 11 bibliotecas, muestra cómo la British Library en Londres y las bibliotecas nacionales de Roma, Tokio y Seúl "conversan" con la de Los Angeles vía satélite. Sostiene que la época de una biblioteca universal única se terminó. "*No veremos más, dice, una maravilla como la gran biblioteca de Alejandría, quemada por los romanos en el 47 AC. La acumulación de las informaciones, el torrente de materia impresa es tal que es indispensable que nos repartamos la tarea*". Una tela de araña de bibliotecas interconectadas electrónicamente va ahora respondiendo a las nuevas necesidades del **conocimiento**. Con las consecuencias que se pueden prever. Por ejemplo: la supremacía ya incontestable de la lengua inglesa en los intercambios intelectuales a través del mundo, luego de haber conquistado ya las áreas del comercio y la diplomacia. "*Si no estamos ahogados bajo las informaciones, perecemos por falta de conocimientos*", declara por su lado Rutheford-D.Rogers, que se jubiló como bibliotecario jefe de la Universidad de Yale. 800.000 libros, 400.000 revistas y centenares de miles de otros documentos son publicados cada año en el mundo actual, amenazando con paralizar la mejor biblioteca. Columbia, por ejemplo, adquirió desde 1967 millares de libros en ciertas áreas especializadas, más que en todo el periodo de 150 años desde su fundación. Yale, que cuenta con 8 millones de volúmenes, no adquiere más que el 8% del material impreso que se publica cada año en el mundo, es decir: 175.000 volúmenes. Todo obliga pues a definir los campos de interés, calificar el intercambio de informaciones y hacer esfuerzos en común como base de esa biblioteca ideal a la medida del planeta. Y digo esto con mucha ponderación porque en el mundo existen hoy 1.431

¹⁴ RAMONET, Ignacio *Op.cit.*p.1

millones de personas mayores de 15 años que no saben leer ni escribir.

También **"la propiedad"** adquirió nuevas fronteras. Poseer una cosa es tener el derecho de servirse de ella, y por eso también de destruirla. La propiedad es una **respuesta de los hombres a su miedo de la muerte** y con la manipulación genética, es el mismo hombre quien se convertirá mañana en nuevo objeto de consumo!... Una relectura de la historia a partir de las reglas de la propiedad a través de las épocas, nos mostraría las relaciones de cada sociedad con la muerte. Para durar el hombre busca siempre formas diversas de apropiarse de los bienes de los demás, que son sus fuerzas y su vida. Y entre esos bienes están los que se destruyen con el uso, pero otros perduran y producen nuevos bienes (*bienes fértiles*), concepto absolutamente central para comprender nuestra historia.

Desde el comienzo de la humanidad, la primera propiedad ha sido la vida misma. Por eso desde las épocas primitivas los bienes fértiles se centraban en las *mujeres* y la *tierra*, pero hoy se descubre un nuevo bien fértil que se convierte en pieza clave: **la información**. Bajo todas sus formas, desde la información impresa hasta la electrónica y, en particular, bajo la forma de la vida. Hoy la información ha adquirido un valor en sí mismo, no está sometida a las reglas del dinero, sino que lo reemplaza. Los institutos y centros de investigación son testigos de ello.

También **el tiempo** de producción y de distribución de bienes se reduce considerablemente y se convierte en un bien clave. Alvin y Heidi Toffler aseguraban, en una breve divulgación de sus estudios sobre *"la división del mundo en el siglo XXI"*, que *"el gran peligro en el próximo milenio será el desfase entre el mundo rápido y el mundo lento"*¹⁵. Todo hace pensar en un inminente alejamiento acelerado y progresivo de los empobrecidos hacia una soledad mortal, a causa del acelerado alejamiento del mundo concentrado de riqueza y de control de los mecanismos vitales. El tiempo se convierte en un factor crítico de la producción. Es algo evidente ahora que en toda relación de costo/beneficio interviene decisivamente el factor tiempo y opera bajo su superficie **un sistema nuevo de valores** (individuales y sociales).

El comportamiento humano dentro de los actuales horizontes temporales está ligado a que la vida humana aparece breve, brevísima. La aceleración general que caracteriza este final de siglo hace del inmediatismo un culto. Cuanto menos esperanza existe, con mayor desesperación el hombre se refugia en el paroxismo del presente. Y esta actitud es incompatible con cualquier proyecto de mejoramiento del sistema y del discurso actual educativo.

Cuanto más rápido funcionan **los procesos económicos**, más riqueza se puede acumular en el mismo período de tiempo con los mismos o aún menores recursos. Todo indica que la economía del siglo próximo operará casi a tiempos reales o velocidades instantáneas. Las nuevas tecnologías permiten una nueva fase de crecimiento, diversifican los objetos y se orientan a la satisfacción de nuevas necesidades, la de los seres "solitarios". Aparece lo que alguien llamó los *"objetos nómades"*, que comienzan con el *"Walkman"*, los teléfonos celulares, los *notebooks* y llegan, en la avanzada, a las prótesis humanas, última generación del bien llamado "de consumo" antes de que el mismo ser humano en un futuro próximo se convierta en uno más de esos bienes. Derivamos peligrosamente hacia el "sí mismo" como objeto de consumo. Pero el problema, como desde los albores de la humanidad, no ha variado y se presenta en relación a la muerte y la vida. La economía política de la muerte avanza sobre la economía política de la vida. Este telón de fondo nos está obligando a una reformulación del acto educativo y jerarquización de los valores.

Hemos desembocado así, por primera vez en la historia, en una generación que es propietaria de la especie humana. La bomba atómica anunció la genética. Con la genética, nuestra generación adquirió el poder de manipular, de modificar la especie humana. El ser humano, con las manipulaciones genéticas, se sueña dueño de la vida. Estamos recién asomándonos a la conciencia de lo que significan los problemas de la manipulación genética. *Esperemos que nuestros hijos sean capaces de ahorrarse un "Leviatán genético"*.

El punto crucial

Pero lejos de acercarnos al fin de la historia, o a un nuevo orden mundial, a lo que nos aproximamos, como advertía bien Fritjof Capra en **El punto crucial**¹⁶ es a una encrucijada, a un cambio radical en la percepción de la realidad. Todo indica que la perspectiva mecanicista y deducccionista a que aludía triunfalmente la modernidad ha sido dejada de lado para buscar un paradigma de sistemas integrales. Capra viene a decir que la crisis actual es esencialmente *una crisis de percepción de la realidad*. Estamos transitando por una fase trascendental que nos

¹⁵ TOFFLER, Alvin: *"Toffler next shock. A dramatic 'powershift' is coming, and all nations face one inescapable role-survival of the fastest"* World Monitor. Nov. 1990,p.38.

¹⁶ *The turning point*, Simon & Schuster, New York, 1982.

permite pasar de una percepción fragmentada y mecanicista a una concepción *evolutiva* y *holística* de la realidad (del griego *holos*=todo). Capra lo explica como una manera de entender la realidad desde el punto de vista de varias unidades integradas cuyas propiedades no pueden reducirse a la de unidades pequeñas. Están dadas las condiciones para una nueva concepción de la educación mucho más articulada y global.

El punto crucial que anuncia Capra es probablemente una transformación que no tiene precedentes por sus características. Se da con una velocidad espectacular y tiene una extensión y universalidad nunca antes experimentadas. En ese punto coinciden varios procesos de transición en la significación y la percepción de los fenómenos. No es un simple cambio que produce cierta crisis en los individuos, en las instituciones o en la educación. Es el mismo ecosistema planetario que ha llegado a un momento crucial. Y así se modifican no sólo las percepciones que tenemos de la realidad, sino también las relaciones sociales y las mismas formas de organización social.

No es que estemos ante la visión de la aparición de un **nuevo orden mundial** (*orden* es un concepto del siglo pasado que sugiere ideas Meternicheanas como "ancho", "pesado", entidades ciertamente estáticas), sino que estamos presenciando la puesta en escena de la teoría del **caos** y del universo de las partículas físicas y los fractales. Un universo que no sólo en el plano geofísico se mueve por extrañas aceleraciones, ilogicidades y probabilidades, por deconstrucciones y estallidos de luz, sino que se presenta con peligrosas simultaneidades en actividad: comunicaciones planetarias instantáneas junto a atávicas avaricias y hambrunas. Es muy revelador que justo cuando se anuncia "el fin de la historia" y el triunfo del sistema capitalista occidental, el Banco Mundial publique en su último informe sobre el Desarrollo Mundial que la pobreza es "**la cuestión más apremiante de la década**" y nos advierta que el fenómeno de los mil millones de personas con un per cápita menor de 1 dólar al día no es solamente vergonzoso, sino insostenible.

Será necesario desembarcar en una especie de "*ecología profunda*", enraizada en una nueva percepción de la realidad y por tanto de la educación y los valores; que llegue a un nuevo tipo de conocimiento y sabiduría intuitiva de la realidad, de la unidad de la vida y de sus múltiples ciclos de cambio. Así irá emergiendo una nueva conciencia con la que la persona se sienta vinculada a la totalidad del cosmos. Esa nueva conciencia ecológica holística aparecerá como un nuevo sentido espiritual y entroncará con las grandes manifestaciones místicas que pasan por Heráclito y San Francisco de Asís para llegar hasta el Gandhi.

La idea-fuerza que nos puede hermanar es *la vida*. Ella es el eje que recorre las actuales sendas y las diferentes búsquedas que se intercomunican (otra vez los "*networks*"), en las diversas situaciones sociales, políticas y culturales. La lucha por la vida se alza como vector entre los límites mínimos de sobrevivencia de las masas empobrecidas y los largos horizontes de vida más plena, de mayor calidad, más humana. Así se hermanan las tareas educativas con las luchas por incluir a los olvidados, y también con otras luchas por la dignidad de la mujer, por la paz y por la preservación del ambiente. Desde diferentes situaciones se comienza a converger en la defensa de la vida, del ser humano y de sus derechos, de los pueblos y sus derechos, del planeta y sus derechos.

Las nuevas demandas, no sólo económicas, están reclamando un nuevo proyecto de sociedad humana global, nuevos valores y una nueva civilización afirmada en una nueva ética que tenga como basamento a los Derechos Humanos como garantía de la vida y su despliegue. Estas demandas vienen fundamentalmente de una sociedad civil con nuevos sujetos históricos -mujeres, indígenas, jóvenes- y de la conciencia creciente sobre la crisis ecológica y la necesidad de salvaguardar el habitat. Además, la temática del género sexual, contra el machismo y el patriarcado, abre enormes potencialidades de rectificación de rumbos, creatividad y movilización popular. Las demandas de la mujer, de las etnias y de los que claman por el respeto de la naturaleza, son hoy las alternativas más esperanzadoras.

Estamos enfrentados al milenio que nace. Todas las religiones, las ideologías y las experiencias humanas se confrontan con los enormes desafíos de un mundo que se ha globalizado. El teólogo católico Ernesto Balducci, en su libro **El hombre planetario** se plantea que "*si la humanidad debe enfrentar el futuro como un sujeto único ¿dónde encontrará ahora el principio unificador de la propia conciencia?*"¹⁷. Existe para Balducci un inmenso "movimiento geológico". Ve que las confrontaciones interconfesionales son una mera manifestación superficial de algo que está en las profundidades: "*llegó el tiempo de decir que el verdadero ecumenismo no es el que busca la reconciliación entre los creyentes, sino la del hombre con el hombre*". Su libro termina con una coherente declaración de fe que se abre a todos los horizontes: "*Esta es mi profesión de fe, bajo la forma de la esperanza. Quien todavía se declara ateo o marxista o laico y necesita un cristiano para completar la serie de representantes en el palco de la cultura, que no me busque. Soy sólo un hombre*". Hace pocos días Mons. Desmond Tutu decía que "*me gustaría que se celebre la*

¹⁷ L'uomo planetario, Camunia, Brescia, 1985, pp. 22,29,32,201,203.

*diversidad de razas, de géneros, de culturas, de fe(s). Dios no tiene necesidad de los cristianos para proteger a Dios. Y Dios no es especialmente cristiano. Es el Dios de todos los que se reivindican de él*¹⁸. Sorprendente afirmación de dos cristianos honestos, que quieren vivir con intensidad el mundo que nace en la dimensión de un sagrado realmente universal. Sorprendente contraste con el endurecimiento de tantas religiones, del neo-integrismo en la Iglesia católica, de los racismos, la xenofobia, la intolerancia de las sectas y el fundamentalismo de algunas corrientes musulmanas.

“El Espíritu divino es libre, actúa cuando y como quiere, y nadie lo controla. Sólo los que tienen el Espíritu pueden discernir, valorar la comunión en las diferencias, profetizar y superar las barreras de religión, ideología, nacionalidad y raza. Por el contrario, la religión sin Espíritu engendra violencia, tanto en su forma henoteísta (mi Dios es mejor que el tuyo) como monoteísta (no hay más Dios que el mío) (...) Si el politeísmo degenera en henoteísmo (mi Dios es mejor que el tuyo) y engendra violencia, no son menores los males del monoteísmo, comprendido desde una particularidad que se pretende universal. Sólo desde la aceptación de que Dios es de todos y de nadie, es decir, que es universal y que nadie lo posee, es posible reconocer la igualdad común y las riquezas de las diferencias, complementarias y no enfrentadas. Esto no tiene por qué llevar a un relativismo absoluto, propio de sociedades cerradas y culturas inconmensurables, pero sí exige una postura abierta al diálogo, autocrítica y receptiva respecto del otro (del diferente), que sólo es posible desde una identidad consolidada y madura. La intolerancia (tanto monoteísta, como la politeísta) es la otra cara de una alteridad frágil, insegura y no adulta”¹⁹.

Ante el pensamiento único, la sola fuerza de la educación

Los tiempos agitados que corren nos obligan a navegar abrazados al mástil de la nave. Y ese mástil se me ocurre que bien lo puede representar quien un día dijo que *"lo contrario del amor no es, como muchas veces o casi siempre se piensa, el odio, sino el miedo de amar; y el miedo de amar es el miedo de ser libre"*. Nació un 19 de septiembre de 1921 en Recife, Brasil, y se llamó Paulo Freire.

Hoy es muy saludable repasar algunas afirmaciones de su testamento. En primer lugar que no cabe educación “neutral”. Que todo acto educativo está guiado por nuestra manera de ver y sentir el mundo y la sociedad. Que nuestra sociedad está compuesta por dos grupos de gentes: de un lado los que toman las decisiones, los que poseen la cultura, el dinero y el poder; del otro, la mayoría, los que aceptan esas decisiones y dependen, en diverso grado, del dinero, la cultura y el poder de los otros.

Dijo que teníamos que caminar hacia una sociedad muy distinta:

- en la que todos participen en las decisiones;
- con diversos puntos de vista, respetados por todos;
- inacabada: que no se considere a sí misma como definitiva, perfecta;
- no sometida al dominio del mercado y del pensamiento único;
- en la que las personas puedan establecer relaciones humanas profundas y auténticas.

También dijo que la persona, en el mundo, puede tomar posturas muy diversas según **el grado de conciencia** que tenga...

Que si tiene una *conciencia mágica*, adoptará una actitud mágica ante la realidad, que le aplastará como un poder superior y no será capaz de salir de ella porque la aceptará sin comprenderla.

Que si tiene una *conciencia ingenua* tenderá a olvidarse de la realidad, a prescindir de ella. Creerá que es libre para entender los hechos como mejor le plazca, se creará superior a la realidad y su libertad estará seriamente limitada.

Que si tiene una *conciencia fanática*, adoptará una actitud masificada ante la realidad. Creyéndose libre seguirá las normas y las pautas impuestas por los otros. Temerá la libertad y se guiará no por discernimiento sino por instinto.

Por eso –dijo– habrá que educar para una *conciencia crítica*. La única que permite la interpretación

¹⁸ Extracto de una entrevista con el servicio de Prensa protestante de Suiza, citado en *Evangelie et Justice*, Bruselas, 47(1998)2.

¹⁹ Juan A. Estrada, *Los males del monoteísmo*, Exodo, 45(1998)40.

profunda y seria de los problemas que presenta la realidad. La que puede aceptar lo nuevo y lo viejo en razón de su validez, y no porque sea nuevo o viejo. Será capaz de someterse a revisión, admitirá la crítica y se comprometerá en la construcción del futuro.

Dijo también en su testamento que siempre será un mal remedio la *educación bancaria*.

Porque es meramente *narrativa* de contenidos. Ellos penetran dentro del educando pero tienden a petrificarse en él, a ser algo muerto.

Porque es *pasiva*: el educador es un narrador ante los demás que son pasivos oyentes, meros "objetos" del acto educativo.

Porque es *archivadora*. Se llena a la persona de contenidos, que procede a archivarlos mediante la memorización mecánica.

Así la relación educacional se pervierte. Uno (el educador) es quien educa, sabe, piensa, pronuncia la palabra, impone la opción, actúa. Los demás (los educandos) son los que no saben, los "pensados", los "educados", nunca escuchados, objetos del acto educativo.

El principio sensibilidad: Pathos y Eros

Será siempre un camino errado acercarse al acto educativo desde una teoría o desde una doctrina. Para que la acción educativa sea eficaz, para que no se desoriente o se pierda por el camino (largo y arriesgado), deberá partir, no de una teoría, sino de una experiencia, de una situación ajena **sentida** como propia. El primer movimiento pasa entonces por la *sensibilidad* del "corazón", pesa en las entrañas, será una *opción y una vocación entrañable*.

Es necesario afirmar este principio de la *sensibilidad*, porque venimos, desde hace siglos, embarazados de una nefasta influencia cultural que nos desvió calamitosamente del corazón. Sin embargo hoy ya nadie sostiene que la razón pueda explicarlo y abarcarlo todo. La razón ha dejado de ser el primero y el último momento de la existencia humana. Nuestra existencia está abierta hacia arriba y hacia abajo de la razón. Porque existe lo a-racional y lo i-rracional. Felizmente abajo existe algo más antiguo, más profundo, más elemental y primitivo que la razón: *la sensibilidad*. Podemos decir que la experiencia humana base es el sentimiento. No es el cartesiano *cogito, ergo sum* (pienso, luego existo), sino el *sentio, ergo sum* (siento, luego existo); no es el *Logos*, sino el *Pathos*, la capacidad de ser afectado y de afectar: la afectividad... En esta convicción está toda la base ontológica de la psicología profunda (Freud, Jung, Adler y sus discípulos) y debería residir también la base ontológica de la práctica educativa. La estructura última de la vida es el sentimiento y las expresiones que se derivan de ellos: el eros, la pasión, la ternura (una de las palabras más bellas del idioma español, de difícil traducción a otras lenguas), la solicitud, la compasión, el amor... Es el sentimiento entendido correctamente y en toda su dimensión, no sólo como moción de la *psique*, sino como «cualidad existencial», como estructuración óptica del ser humano²⁰

Pero atención, no estoy afirmando que el sentimiento (*Pathos*) y la «sensibilidad» se opongan al *Logos* (comprensión racional), digo que ellos son también una forma de conocimiento pero mucho más abarcante y profunda que la razón, porque la incluyen y la desbordan. Esto lo expresó maravillosamente Pascal, a quien nadie podría acusar de menospreciar la razón ya que fue uno de los creadores del cálculo de probabilidades y constructor de la máquina de calcular. Pues bien, Pascal llegó a afirmar que los primeros axiomas del pensamiento *son intuitos por el corazón*, que es el corazón el que pone las premisas de todo posible conocimiento de lo real. Nos dice que el conocimiento por la vía del sentimiento (del *Pathos*) se asienta en la *simpatía* (el sentir-con la realidad) y se canaliza por la *empatía* (*sentir en, dentro de, identificado con* la realidad sentida)²¹.

Estamos afirmando algo que para el educador es fundamental: que en el origen no está la razón, sino la pasión (*Pathos* y *Eros*). Y que la misma razón actúa movida, impulsada por el *Eros* que la habita. El educador no puede ignorar que *Pathos* no es mera afectividad, no es mera pasividad que se siente afectada por la existencia propia o ajena, sino que es principalmente actividad, es un tomar la iniciativa de sentir e identificarse con esa realidad sentida. Y el *Eros* no supone un mero sentir, sino un *con-sentir*. No es una mera pasión, sino una *com-pasión*. No es un mero vivir, sino un *con-vivir*, simpatizar y entrar en comunión.

²⁰ Cfr. BOFF, Leonardo, *San Francisco de Asís. Ternura y vigor*, Sal Terrae, Santander, 1982, pp. 25-26. Martin Heidegger considera la ternura (*fürsorge*) como fenómeno estructurador de la existencia (Cfr. *ibid.* p.31).

²¹ *Pensamientos*, 125.

Lo propio de la razón es dar claridad, ordenar y disciplinar la dirección del *Eros*. Pero nunca está sobre él. La trampa en que cayó esta cultura globalizada es la de haber cedido la primacía al *Logos* sobre el *Eros*, desembocando en mil cercenamientos de la creatividad y gestando mil formas represivas de vida. Y la consecuencia de esto es que se sospecha profundamente del placer y del sentimiento, de las «razones» del corazón. Y entonces ya nada nos *conmueve*, sólo campea la frialdad de la «lógica», la falta de entusiasmo por cultivar y defender la vida, campea la muerte de la ternura. Esto, para el acto educativo transformador y liberador—que debería ser siempre profundamente erótico— es letal.

Principio hermenéutico: situarse en el «lugar» correcto

Lo dicho nos introduce en un problema mayor: no se puede educar desde cualquier lugar ni desde cualquier disposición interior. En nuestros fracasos en realidad lo que falla es *el lugar* desde donde pretendemos educar. Es pertinente recordar al respecto aquella frase de Engels, convertida ya en un refrán popular, de que «no se piensa lo mismo desde una choza que desde un palacio».²² Tan simple afirmación constituye, sin lugar a dudas, una de las conquistas más profundas e importantes del pensamiento contemporáneo a la teoría del conocimiento. Lo que está afirmando Engels con su «perogrullada» es que *aunque la verdad sea absoluta no lo es nuestro acceso a ella*. Es decir, que aunque sea posible para la persona un cierto acceso real a la verdad, ese acceso nunca será «neutro» e incondicionado. Y nosotros deberíamos completar el «efecto» de la afirmación de Engels diciendo que «no se *siente* (se ve o se experimenta) la realidad lo mismo desde una choza que desde un palacio».

Es fundamental preguntarnos por la llave (clave) con la cual abrimos el candado que nos introduce a la comprensión del objeto. Queremos subrayar el "desde dónde" educamos, trabajamos e interpretamos la realidad; el lugar es la "clave". Al referirnos al "lugar" o al "horizonte" hermenéutico no estamos diciendo nada nuevo. Ya en 1563 el dominico Melchor Cano, usó la expresión "lugar teológico" en un tratado sistemático de criteriología teológica²³, preocupado por aclarar la relación entre la autoridad de la revelación recibida en la fe y la de la razón como ciencia del saber. "Lugar" es una noción espacial que se refiere a un sitio determinado donde se puede ir, entrar o salir. El lugar permite que ciertas cosas "tengan lugar", acontezcan en alguna parte. El lugar permite que pueda ver o captar unas cosas y otras no.

Aún suponiendo la mejor intención, la mejor buena voluntad y los mejores talentos intelectuales, hay lugares desde los que, simplemente *no se ve, no se siente* la realidad que nos abre a los actos educativos verdaderos, al amor y a la solidaridad. Porque nadie puede pretender mirar o sentir los problemas humanos, el dolor y el sufrimiento de los otros, desde una posición «neutra», absoluta, inmutable, cuya óptica garantizaría total imparcialidad y objetividad. Entonces hay lugares, hay posiciones personales, hay preconcepciones, desde los que simplemente no se puede educar. La cosa es así de simple, y es así de grave caer en la cuenta de ello y sacar las consecuencias. ¿Dónde están mis pies, dónde estoy parado yo en mi quehacer educativo? Porque la cuestión es saber si estoy ubicado en el «lugar» correcto para la tarea.

El *lugar* se convierte en algo más decisivo para la tarea que la calidad de los contenidos (valores, etc.) que quiero promover, defender o contagiar. Urge pues, en la mayoría de los casos, hacer una ruptura epistemológica. La clave para entender esto se encuentra en la respuesta que cada uno demos a la pregunta por el «desde dónde» educo, la pregunta por el lugar que elijo para mirar el mundo o la realidad, para interpretar la historia y para ubicar mi práctica educativa y transformadora.

Ignacio Ellacuría, que fue también un eminente educador, hablando de la opción por los pobres que había hecho la Universidad Centroamericana -de la que era Rector cuando fue asesinado-, decía que (la tarea educativa) implica "primero, el lugar social por el que se ha optado; segundo, el lugar desde el que y para el que se hacen las interpretaciones teóricas y los proyectos prácticos; tercero, el lugar que configura la praxis y al que se pliega o se subordina la praxis propia"²⁴.

Entonces se entiende que en la raíz de la asunción de ese lugar social estará inevitablemente aquella *indignación ética* que sentimos ante la violación de la dignidad y los derechos de la persona concreta: el sentimiento de que la realidad globalizada de injusticia que se abate sobre los seres humanos es tan grave que

²² En realidad está citando y comentando a Ludwig Feuerbach, en *L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*: Contra el dualismo del cuerpo y del alma, en Werke II, Leipzig 1846, p. 363.

²³ *De Locis theologicis*, Salamanca, 1563

²⁴ ELLACURIA, Ignacio, *El auténtico lugar social de la Iglesia*, en VV.AA. Desafíos cristianos, Misión Abierta, Madrid, 1988, p. 78.

merece una atención ineludible; la percepción de que la propia vida y todo el esfuerzo educativo perderían su sentido si fueran vividos fuera o de espaldas a esa realidad.

Para educar será obligatorio adoptar el lugar social de las víctimas. Porque el punto de vista de los satisfechos y los poderosos termina inevitablemente enmascarando la realidad para justificarse. Nunca será posible educar en los valores de la compasión y la solidaridad desde la óptica del centro y la imposición, ni siquiera desde una pretendida neutralidad. Esa práctica estará condenada de antemano a anularse y a caer sobre sí misma cuando afronte la prueba de los hechos.

La tragedia de muchos educadores es que han buscado eliminar la compasión y el dolor, educar no desde el corazón sensible que encuentra los medios pedagógicos adecuados, sino desde otras «razones» y lo único eficaz que han encontrado es anestesiar la lucidez y profundidad del corazón para no sentirlo. Por eso terminan quedándose sin corazón. Es lo que Antonio Machado inmortalizó en la copla: «**En el corazón tenía/ la espina de una pasión/ logré arrancármela un día/ ¡ya no siento el corazón!**...» Los educadores que pretenden esquivar la herida que provoca la opción por el lugar social de las víctimas, que pretenden no sufrir haciéndose blindados e insensibles, terminan «enmorfinados» en su tarea, narcotizados, al esquivar las consecuencias de la opción exigida por el *lugar* correcto de acción. Buscaron eludir el dolor pero lo hicieron por el peor camino: el que les «arrancó el corazón» y les hizo incapaces de sentir, condición elemental para entender la realidad y educar para transformarla.

Conclusión

Sucede que fuimos y muchos somos todavía "analfabetos" en derechos humanos. Estamos mal educados para los derechos humanos. Superar esta incultura supone partir de lo más inmediato, de lo más íntimo, de lo más cotidiano y doméstico, para luego remontarnos a lo más amplio, complejo y estructural. Si menciono lo cotidiano es porque considero la individualidad personal incluida en sus relaciones que afectan y son afectadas por estructuras cósmicas que también hacen esa cotidianeidad.

Somos analfabetos porque nos desnaturalizan los efectos del paradigma actual a que somos sometidos. Lo explicó muy bien Gregory Bateson en 1978 ante las autoridades de la Universidad de California. En esa ocasión abundó en observaciones que había hecho antes en una reunión del *Committee on Educational Policy* y explicó que los supuestos en que se basa la enseñanza son *obsoletos*. Los enumeró de la siguiente manera:

- a) el dualismo cartesiano que separa "mente" y "materia";
- b) el fisicalismo extraño de las metáforas que utilizamos para describir y explicar los fenómenos mentales: "poder", "tensión", "energía", "fuerzas sociales", etc.
- c) nuestro supuesto antiestético, tomado del énfasis que Bacon, Locke y Newton pusieron en las ciencias físicas, de que todos los fenómenos (incluidos los mentales) pueden y deben ser estudiados y *valorados* en términos cuantitativos.

La visión del mundo -la epistemología latente y parcialmente *inconsciente*- que tales supuestos generan es anticuada por tres razones:

- a) *Pragmáticamente*, está claro que estas premisas y sus corolarios llevan a la codicia, a un crecimiento económico monstruoso y excesivo, a la guerra, la tiranía y la contaminación. En este sentido, *nuestras* premisas se demuestran a diario falsas y los educandos son poco conscientes de esto.

b) *Intelectualmente*, las premisas son obsoletas en cuanto que la teoría de sistemas, la cibernética, la medicina holística, la genética, la ecología y la psicología de la *Gestalt* ofrecen, mejores medios de comprender el mundo de la biología y de la conducta.

c) Como base para la *educación*, premisas como las mencionadas se hicieron *claramente intolerables* y, por tanto, *obsoletas* hace unos 100 años. En las escuelas de la evolución darwinista, esto se afirmó con bastante claridad por pensadores como Samuel Butler y el príncipe Kropotkin. Pero ya en el siglo XVIII, William Blake había visto que la filosofía de Locke y Newton podía generar sólo "oscuros molinos satánicos"²⁵.

Por efecto de estas premisas falsas y obsoletas es infinitamente más fácil recibirse de doctor en ciencias aplicadas que de "*doctor en humanidad*". Entre otras cosas porque aquí hay que empezar por el huevo y la gallina a la vez. ¿Quién educa en derechos humanos al educador? Estamos ante la aparente insensatez que precede a quien pretende plantearse estas cosas. Porque educar, simplemente, es vivir la cotidianeidad de tal manera que por el hecho de estar uno ante alguien, esa persona pueda sentirse afectada y modificada en lo profundo de su ser. En sencillo esto quiere decir aquello del sabio educador Paulo Freire de que "nadie se educa solo", y aún más, que

²⁵ Cf. BATESON, Gregory, *Mind and Nature*, Londres 1980, p. 231 s. Cita y comentario de Anne Primavesi en *Del Apocalipsis al Génesis*, Herder, Barcelona, 1995, p.31s.

"nadie educa a nadie"..., que "los seres humanos se educan en comunión". Menudo problema este, que se agranda infinitamente cuando al "educar" lo adjetivamos con eso de "en derechos humanos".

Hace 500 años Erasmo escribió un librito titulado *Elogio de la insensatez*. Al empezar a leerlo uno piensa que su autor está un poco loco por lo que dice. Pero al acabarlo, pensamos que no estamos tan seguros de ser nosotros los razonables. Es lo único que aquí he pretendido decirles. Porque no caben demasiadas razones éticas, si las hay. Cada cual tiene su ética y su conciencia. Y no estoy muy seguro de que haya *una* ética, y menos una ética universal, ni que podamos imponer a otros nuestras convicciones. Lo que sí me parece claro es que ninguna ética se sostiene si no es mínimamente coherente. El presupuesto básico de cualquier ética es su coherencia interna. La ética del llamado "nuevo orden mundial" parece incoherente al esgrimir razones éticas cuando se trata de los pobres, y de racionalidad económica cuando se trata de los ricos... Nosotros también aducimos razones de racionalidad moral cuando se trata de *los otros*, y razones de racionalidad económica cuando se trata de *de nosotros*...²⁶.

Ojalá esta "doble medida" ponga en evidencia nuestra hipocresía y nos dispongamos a trabajar juntos por primera vez en la elaboración de una ética universal. Pienso, como dije, que la Declaración Universal de los DD.HH., que expresa el avance de la conciencia de la humanidad, es una hermosa base y una oportunidad para ponernos manos a la obra.

Mirando al futuro creo que tenemos que seguir siendo un poco insensatos para ser eficaces en la tarea. Lo que nos salva es que será siempre inútil predicar y practicar valores siendo desleales a ellos: predicar la tolerancia, por ejemplo, siendo intolerantes... Sólo esa buena fe impedirá que nos convirtamos en verdaderos mercenarios de la educación. Porque en este campo ninguna simulación, ninguna representación, por más profesional que se considere, vale ni logrará su objetivo. No es concebible aquí una acción, por más neutra o aséptica que la concibamos, que no implique la expresión genuina y profunda de nuestras actitudes cotidianas y de nuestros valores personales. Para hacer que otro, en nuestra práctica educativa, asuma una actitud semejante, será necesario conmoverlo amplia y profundamente mediante la asunción en simpatía de todos los presupuestos y las implicancias de ellos. Esto supone implicarse también uno en la acción de tal manera que signifique una profunda mutación en nuestra y en su concepción de la realidad y de los valores. Puesto que ello implica una buena dosis de violencia al suponer la posibilidad de desalojar la vieja axiología en uno y en el otro, que generalmente está profundamente enraizada en el corazón, sólo se logrará desde **un fenomenal acto de amor**. De lo contrario será como chocar contra un muro...

Ser educador será eso, hacerse y convertir a los demás en **vulnerables al amor**. Transmitir actitudes nuevas y transformar las realidades injustas sólo se puede hacer desde esa mutua vulnerabilidad, donde el amor se vive seria y naturalmente. Porque será inútil decir que no mentimos, habrá simplemente que decir la verdad, *ser veraz*. Lo eficaz no será predicar la justicia y la tolerancia, sino *ser* simplemente justos y tolerantes.

“Alentar la esperanza implica siempre un acto de razón y el acto racional la posibilidad de llevarla a cabo. Cuando la razón esperanzada y la esperanza razonada pierden su carácter orientador, el diálogo plural deviene en monólogo dictatorial, pues la razón sin esperanza es apología de lo dado, *persuasión de mentes*, y la esperanza irracional ideología totalitaria, *seducción de almas*”²⁷. La esperanza razonada es hoy para nosotros lo que nos cabe esperar: que juntos busquemos el camino, como Abarbanel en su laberinto, para llegar a la verdad del destino de los seres excluidos por un mundo globalizado y de relaciones crueles. Emprendamos, por los pasillos que sean más seguros, la búsqueda de lo que todavía no sabemos, pero que podemos y debemos conocer. Es la única manera de que la esperanza y la educación no degeneren en irracionalidad ignorante y sin moral. O peor, en dominio impune sobre la voluntad de las víctimas a escapar de su dolor. Que gracias a ustedes el Gran Inquisidor no tenga la última palabra.

²⁶ Ver GONZALEZ FAUS, José I. *Elogio del narcotráfico*... Sal Terrae, 954(1993)153.

²⁷ Alejandro Matos, op.cit. p. 36.